

respetaba; pero luego la mujer no se molestó, después de haber visto en aquel niño el efecto que había producido su pasado bruscamente descubierta, la fiebre palúdica que hizo arder su sangre. Y las pervertidas caricias contenidas por tanto tiempo; todas aquellas palabras de delirio que, apretando los dientes, detuvo al paso, dábala suelta ahora, instalándose y entregándose en su plenitud de cortesana enamorada y experta en toda la horrible gloria de Safo.

Pudor, reserva, ¿para qué? Todos los hombres son iguales, hidrófobos de vicio y corrupción; aquel niño lo mismo que los otros. Cebarlos con lo que les gusta, es siempre el mejor medio de conservarlos. Y lo que sabía, aquellas depravaciones del placer que la inocularon, Juan lo aprendió á su vez para enseñárselo luego á otras más tarde. Así va el veneno, se propaga, quemadura del cuerpo y del alma, semejante á las antorchas de que habla el poeta latino y que corrían de mano en mano por el estadió.

V

En su cuarto, al lado de un hermoso retrato de Fanny, hecho por James Tissot, resto del naufragio de los antiguos esplendores de la cortesana, había un paisaje del Mediodía, negro y blanco, hecho groseramente al sol por un fotógrafo de campo.

Una costa pedregosa, que escalaban los viñedos, apuntalada con peñascos de piedra, y luego en lo alto, detrás de las hileras de cipreses contra el viento del Norte, acortándose con un bosque de pinos y mirtos claros de reflejo, la gran casa blanca, entre granja y castillo, de ancha escalinata, techumbre italiana, puertas blasonadas, que continuaban las rojas paredes de la *masía* provenzal, los percheros para los pavos reales, el pesebre para los ganados, el vano negro de los cobertizos. abierto sobre los

lucientes de los arados y de los rastrillos. La ruina de antiguas murallas, una torre enorme recostada sobre un cielo sin una nube, dominándolo todo con algunos tejados y el campanario romano de Châteauneuf-des-Papes, donde los Gaussín d'Armandy habían vivido siempre.

Castelet, cercado y posesión, rico con sus famosos vinos como los de la Nerta y de l'Ermitage, transmitíase de padre á hijo, indiviso entre todos los herederos, pero siempre haciéndolo prosperar el menor por esa tradición de familia que enviaba al mayor á los consulados. Desdichadamente la naturaleza opónese á menudo á estos proyectos; y si hubo alguna vez un ser incapaz de dirigir una posesión ó de dirigir la más mínima cosa, éste fué ciertamente Cesáreo Gaussín, á quien incumbía á los veinticuatro años tan pesada responsabilidad.

Libertino, parroquiano de garitos y andador de malos pasos en los pueblos, Cesáreo, por otro mote el *Fénat*, el tuno, el bribón, para conservarle su apodo de la juventud, acentuaba ese tipo contradictorio que aparece de vez en cuando en las familias más austeras, de la que es como válvula de escape.

En algunos años de incuria, de dilapidaciones imbéciles, de ruletas desastrosas en los casinos de Aviñón y de Frange, vióse el cercado hipotecado, secas las bodegas de reserva, vendidas por adelantado las cosechas futuras; luego un día, en vísperas de un embargo definitivo, el *Fénat* imitó la firma de su hermano, hizo tres letras pagaderas en el consulado de Shang-Hai, confiando en que antes del vencimiento encontraría dinero para recogerlas; pero llegaron con toda regularidad á su hermano, con una carta desesperada confesando la ruina y la falsificación. El cónsul acudió á Châteauneuf, puso remedio á esta situación desesperada, con ayuda de sus economías y la dote de su mujer, y viendo la incapacidad del *Fénat*, renunció á la carrera, que sin embargo abríase brillante para él, y se hizo simplemente viticultor.

Aquel era un verdadero Gaussín, tradicional hasta la manía, violento y tranquilo á la manera de los volcanes apagados que guardan siempre amenazas y reservas de erupción, y con todo ello laborioso y muy entendido en la labranza. Merced á él, Castelet prosperó, se engrandeció con otras tierras hasta el Ródano, y como la

suertes humanas van siempre acompañadas, vino al mundo Juanito bajo los mirtos de la posesión. En este transcurso de tiempo, el *Fénat* vagaba por la casa, abrumado por el peso de su falta, atreviéndose apenas á levantar los ojos para mirar á su hermano, cuyo despreciativo silencio le desesperaba; no respiraba más que en los campos, de caza, de pesca, cansando su disgusto con ineptas ocupaciones, recogiendo caracoles, cortándose soberbios bastones de mirto ó de caña, y almorzando solo fuera de casa, con un espetoncillo de asador, picazas que él mismo cocía ante un fuego de raíces de olivo en medio del erial. Por la noche, al regresar á comer á la mesa fraterna, no pronunciaba una palabra á pesar de la indulgente sonrisa de su cuñada, que compadecía al desdichado y le proveía de dinero para el bolsillo á hurtadillas de su marido, que era muy riguroso con el *Fénat*, menos por sus tonterías pasadas que por las que pudiese cometer; y en efecto, remediada la gran locura primera, vióse sometido á nueva prueba de orgullo del mayor de los Gaussín.

Tres veces á la semana venía á coser á jornal á Castelet una linda muchacha hija de unos

pescadores, Divonne Abrieu, nacida en el mimbrelal á la orilla del Ródano, verdadera planta fluvial de talle flexible y largo. Bajo su *catalana* de tres piezas, que encerraba sus cabellos, y cuyas bridas echadas hacia atrás, dejaban admirar la juntura del cuello, ligeramente sombreado como el rostro, hasta los delicados nevados del seno y de los hombros, hacía pensar en alguna *dona* de las antiguas cortes de amor que se celebraron antaño en los alrededores de Châteauneuf, en Courthezón, y en Vacqueiras, en aquellos viejos torreones cuyas ruinas se desparramaban por las colinas.

Este recuerdo histórico no entró para nada en el amor de Cesáreo, alma sencilla, ajena á ideales y lectura; pero siendo bajo de cuerpo, le gustaban las buenas mozas y se enamoró desde el primer día. El *Fénat* era práctico en estas aventuras aldeanas; una contradanza en el baile del domingo, un regalo de casa y luego, al primer encuentro en el campo, el brutal ataque, tumbándola boca arriba sobre el espliego ó la encamadura. Pero aconteció que Divonne no bailaba, que devolvió la caza á la cocina y que, sólida como uno de esos álamos de la ribera

blancos y flexibles, tiró rodando al seductor á diez pasos de ella. Desde entonces mantúvole á distancia con la punta de las tijeras colgantes de su cintura en un llavero de acero, volvióle loco de amor hasta tal punto que habló de casarse con ella, y se confió á su cuñada. Esta, conociendo á Divonne Abrieu desde la infancia, sabiendo que era seria y delicada, parecióle en lo íntimo de su corazón que este casamiento desigual sería quizás la salvación del *Fénat*; pero el orgullo del cónsul sublevábase ante la idea de un Gaussín casándose con una campesina. «Si Cesáreo hace eso, no vuelvo á verle...» Y cumplió su palabra.

Casado Cesáreo, salió de Castelet, yéndose á vivir á orillas del Ródano á casa de los padres de su mujer, con una corta renta que le señaló su hermano y que le llevaba todos los meses la indulgente cuñada. Juanito acompañaba á su madre en estas visitas, encantado con la cabaña de los Abrieu, especie de rotonda ahumada, sacudida por la tramontana y el maestral y á la que sostenía una viga única y vertical como un mástil. La puerta abierta cerraba la pequeña bahía donde estaban las redes puestas á secar

y donde lucía y bullía el azogue y el nácar de las escamas; abajo, dos ó tres lanchones flotando y chirriando sobre sus amarras, y el gran río alegre, ancho, luminoso, refluyendo con el viento contra sus islas, en que había espesuras de un verde pálido. Y desde pequeño, Juan educaba allí su afición á los viajes lejanos y al mar, que todavía no había visto.

Este destierro del tío Cesáreo duró dos ó tres años, y no hubiese terminado nunca tal vez á no ser por un acontecimiento de familia, el nacimiento de las dos gemelas, Marta y María. La madre cayó enferma á consecuencia de este doble parto, y Cesáreo y su mujer tuvieron permiso para venir á verla. La reconciliación de los dos hermanos siguió á esto, sin razonar; instintiva, por la omnipotencia de la misma sangre: el matrimonio vivió en Castelet, y como una incurable anemia, complicada á poco con la gota reumática, inmovilizara á la pobre madre, Divonne vióse encargada del cuidado de la casa, de velar por el alimento de los niños y el personal numeroso, de ir á ver á Juan dos veces á la semana al colegio de Aviñón, sin contar con que el cuidado de la enferma la reclamaba á todas horas.

Mujer de orden y de entendimiento, suplía la instrucción que le faltaba con su inteligencia, su disposición de campesina, los retazos de estudios que quedaban en el cerebro del *Fénat* domado y disciplinado. El cónsul descansaba en ella de todos los gastos de la casa, cuenta muy enojosa por las crecientes cargas y las rentas que disminuían de año en año, por roer las vides la filoxera. Toda la llanura estaba atacada de este mal, pero el cercado resistíase aún, y ésta era la preocupación del cónsul: salvar el cercado á fuerza de investigaciones y de experimentos.

Aquella Divonne Abrieu, que permanecía fiel á sus cofias, á su traje de artesana, y conservaba tan modestamente su puesto de ama de gobierno, de señora acompañanta, defendió la casa de la estrechez en aquellos años de crisis, rodeando á la enferma de los mismos costosos cuidados, educando á las niñas cerca de su madre como unas señoritas, pagando regularmente la pensión de Juan, primero en el Liceo, luego en Aix, donde terminó sus estudios de Derecho, y, por último, en París, adonde fué á concluirlos.

Todos, incluso ella misma, ignoraban por qué

milagros de orden y de vigilancia consiguió esto. Pero cada vez que Juan pensaba en Castelet, y alzaba la vista hacia la fotografía, de pálidos reflejos, de borrosa luz, la primera figura evocada, el primer nombre que pronunciaba era el de Divonne, la campesina de gran corazón que veía oculta detrás del castillo señorial, sosteniéndolo en pie por el esfuerzo de su voluntad. Desde algunos días antes, desde que sabía lo que era su querida, evitaba pronunciar aquel nombre venerado ante ella, así como tampoco el de su madre ni el de ninguno de los suyos: hasta incomodábale ver la fotografía, viéndola fuera de su sitio, mal colocada, perdida en aquella pared, encima de la cama de Safo.

Un día, al regresar á la hora de comer, hallóse sorprendido viendo tres cubiertos, en lugar de dos, y sorprendióle más aún encontrar á Fanny jugando á las cartas con un hombrecillo á quien al principio no reconoció; pero que al volverse le enseñó los ojos claros de cabra montés, la gran nariz de conquistador, en su rostro pequeño y curtido, el cráneo calvo y la barba de confederado del tío Cesáreo. Al grito de su sobrino, contestó sin dejar las cartas:

—Ya ves que no me aburro; juego una brisca con mi sobrina.

¡Su sobrina!

¡Y Juan trataba de ocultar tan cuidadosamente sus amores á todo el mundo! Esta familiaridad le disgustó, y las cosas que Cesáreo le dijo en voz baja mientras que Fanny se ocupaba de la comida:

—Mi enhorabuena, pequeño... los ojos... los brazos... un bocado de rey.

Mucho peor fué cuando, en la mesa, el *Fénat* empezó á hablar sin reserva alguna de los negocios de Castelet, de lo que le traía á París.

El pretexto del viaje era un dinero que tenía que cobrar, ocho mil francos que prestó en otra época á su amigo Courbebaisse, y que no contaba ya con recuperar, cuando una carta del notario le había noticiado la muerte de Courbebaisse *¡carapel!* y el reembolso de los ocho mil francos, que estaban á su disposición. Pero el verdadero motivo—porque hubieran podido girarle este dinero—«el verdadero motivo, es la salud de tu madre, hijo...; desde hace algún tiempo se debilita mucho, y á veces pierde la cabeza; se la olvida todo, hasta el nombre de

las niñas. La otra noche salía tu padre de su cuarto, y preguntó ella á Divonne quién era aquel buen señor que venía á verla tan á menudo. Hasta hoy nadie más que la tía se ha apercibido de esto, y no me ha hablado de ello más que para decidirme á venir para consultar á Bouchereau acerca del estado de la pobre mujer á quien curó en otro tiempo.

—¿Ha habido ya locos en vuestra familia?—preguntó Fanny con tono doctoral y grave, su tono de La Gournerie.

—Nunca—dijo el *Fénat*;—añadiendo con una sonrisa maliciosa, abierta hasta las sienes, que él había estado algo loco en su juventud... Pero mi locura no disgustaba á las damas, y no hubo necesidad de encerrarme.

Mirábalos Juan, afligido. Al pesar que le causaba la triste noticia, uníase un malestar que le oprimía oyendo á aquella mujer hablar de su madre, de sus enfermedades, de edad crítica, con el desembarazado lenguaje y la experiencia de una matrona, apoyando los codos en el mantel y haciendo un cigarrillo. Y el otro, charlatán, indiscreto, se abandonaba, decía los secretos íntimos de la familia.

—¡Ah, las viñas, las viñas están perdidas!... Y el mismo coto no tenía vida para mucho tiempo: la mitad de las cepas estaba ya devorada, y el resto sólo se conservaba por milagro, cuidando cada racimo, cada grano como si fueran niños enfermos, con drogas que costaban muy caras. Lo terrible era que el cónsul se empeñaba siempre en plantar nuevas cepas, que atacaba al gusano, en lugar de dejar para el cultivo de los olivos y alcaparros todo aquel buen terreno, ahora inútil y cubierto de pámpanos leprosos y quemados.

Afortunadamente conservaba él, Cesáreo, algunas hectáreas á orillas del Ródano, las que cuidaba por inmersión, brillante descubrimiento aplicado sólo á los terrenos bajos. Animábale una buena cosecha que había obtenido ya, de un vinillo no muy alto, «vino de ranas», como le llamaba el cónsul con desdén; pero *Fénat* se aferraba á su idea, y con los ocho mil francos de Courbebaissé iba á comprar la Piboulette.

—¿Sabes, pequeño? La primera isla del Ródano por bajo de los Abrieu...; pero esto quede aquí entre nosotros: no hace falta que en Castelet sospechen nada todavía.

—¿Ni tampoco Divonne, tío?—preguntó Fanny sonriendo...

Al nombre de su mujer, los ojos del *Fénat* se humedecieron.

—¡Ah! Divonne, no hago nada sin ella. Además, tiene fe en mi idea, y sería muy dichosa si su pobre Cesáreo rehiciera la fortuna de Castelet, después de haber empezado su ruina.

Juan tembló: ¿iría á hacer una confesión, y á contar aquella lamentable historia de las falsificaciones? Pero el Provenzal, entregado por completo á su ternura por Divonne, había empezado á hablar de ella, de la felicidad que le procuraba. Y añádase á esto lo hermosa que era, lo bien construída.

—Tome usted, sobrina; usted que es mujer, debe ser inteligente en esto.

Y la entregaba un retrato-tarjeta que sacó de su cartera, y del que no se separaba nunca.

En el acento filial de Juan cuando hablaba de su tía, en los consejos maternos de la campesina, escritos con torpe letra, un poco temblona, Fanny habíase figurado que ésta era una de esas aldeanas de pañoleta, de la provincia de Seine-et Oise, y quedóse sorprendida ante aquel lindo

rostro de líneas puras, esclarecido por la estrecha cofia blanca, y ante el cuerpo elegante y flexible de una mujer de treinta y cinco años.

—Muy hermosa es, en efecto,—dijo mordiendo los labios y con una entonación particular.

—¡Y un armazón!—agregó el tío, que gustaba de sus símiles.

Pasaron luego al balcón. Después de un caliginoso día, de resultas del cual el zinc del pabellón quemaba todavía al tacto, una nube errante vertía una lluvia fina de regadera, que refrescaba el aire, goteaba alegremente sobre los tejados y rebotaba en las aceras. París se sonreía bajo este aguacero, y el ir y venir del gentío, los coches, todo ese rumor ascendente, embriagaba al provinciano, removía en su cabeza, hueca y movable como un cascabel, recuerdo de juventud, una residencia de tres meses que realizó, treinta años antes, en casa de su amigo Courbebaisse.

—¡Qué jarana, hijos míos, qué hazañas!... Y refirió su entrada en el Prado una noche del tercer jueves de Cuaresma (1), Courbebaisse,

(1) La *mi-carême*, ó sea el jueves de la tercera semana de Cuaresma, es en Francia época del Carnaval.—N. del T.

disfrazado de Chicard, y su querida la Mornas, de vendedora de coplas; un disfraz que la dió suerte, porque llegó á ser más adelante una celebridad de los cafés cantantes. Él mismo, el tío, daba el brazo á una arrapieza del barrio, á la que llamaban Película... Y completamente rejuvenecido, reíase desde la boca hasta las orejas, tarareaba compases de baile, y bailaba con su sobrina á este compás. Á las doce, cuando los dejó para regresar al hotel Cujas, el único que conocía en París, cantaba á gritos por la escalera, enviaba besos á su sobrina, que le alumbraba, y gritaba á Juan:

—¡Oye, ten mucho ojo!...

En cuanto se marchó, Fanny cuya frente conservaba una arruga de preocupación, pasó vivamente á su tocador, y por la puerta entreabierta, mientras que Juan se acostaba, empezó á decirle con indolente voz: «Oye, tu tía... es muy bonita, ya no me sorprende que hablaras de ella tan á menudo... Debéis haberle hecho llevar un lindo peso á ese pobre *Fénel* en la cabeza... tiene cara de eso...»

Protestaba él con toda su indignación... ¡Dívonnel que había sido para él una segunda ma-

dre, que cuando pequeño le cuidaba, le vestía... Ella, que le había salvado en una enfermedad de muerte... No; jamás le acometería la tentación de semejante infamia.

—Vaya, vaya, continuaba diciendo la voz estridente de la mujer, con las horquillas entre los dientes;—no me harás creer nunca que con aquellos ojos y el hermoso armazón de que hablaba ese imbécil, su Divonne haya podido vivir sin un deseo junto á un lindo rubio, de cutis de mujer, como tú... Escucha; las de las orillas del Ródano y las de otra parte, todas somos lo mismo.

Lo decía con convicción, creyendo su sexo entero fácil á todo capricho y vencido desde el primer deseo.

El se defendía; pero turbado, interrogando sus recuerdos, preguntándose si alguna vez el roce de una inocente caricia había podido advertirle de cualquier peligro, y aunque no encontraba nada, el candor de su afecto quedó herido, y el puro camafeo rayado con un araño.

—¡Oye!... mira... la cofia de tu tierra...

Sobre sus hermosos cabellos, peinados en dos largos bandós, habíase prendido una pañoleta

blanca que imitaba bastante bien *la catalana*, la papalina de las tres piezas de las muchachas de Ghâteauneuf; y erguida ante él, en los lechosos pliegues de su batista de dormir, con la mirada ardiente, le preguntaba:

—¿Me parezco á Divonne?

—¡Oh! no, de manera alguna: no se parecía más que á ella misma bajo aquel gorrillo que recordaba el otro, el de San Lázaro, que la sentaba tan bien, según decían, mientras que enviaba á su presidiario un beso de despedida en pleno tribunal: «No te aburras, dueño mío; volverán los buenos tiempos...»

Y este recuerdo causóle tanto daño, que en cuanto su querida se acostó, apagó presurosamente la luz para no seguir viéndola.

Al día siguiente, temprano, entró de nuevo el tío alborotador, con el bastón en alto gritando: «¡Eh, chiquillos!» con la entonación retozona y protectora que tenía Courbebaisse en otro tiempo cuando venía á buscarlo y lo encontraba en brazos de Película. Parecía más excitado aún que la víspera: el hotel Cujas, sin duda, y sobre todo los 8.000 francos plegados en su cartera. El dinero de la Piboulette, carape; pero

era muy dueño de él y podía distraer algunos luises para ofrecer un almuerzo en el campo á su sobrina.

—¿Y Bouchereau?—observó el sobrino, que no podía dejar de asistir á su oficina dos días seguidos. Convínose en almorzar en los Campos Elíseos, y que los dos irían después á la consulta.

No era esto lo que el Fénat había soñado: figurándose la llegada á Saint Cloud en coche de alquiler de lujo, llenos de champagne los asientos; pero el almuerzo fué encantador á pesar de todo, sobre la terraza del restaurant, sombreada de acacias y zumaques, adonde llegaban los acordes de un ensayo de día en el inmediato café cantante. Cesáreo, muy charlatán, muy galante, sacó á relucir todas sus gracias para deslumbrar á la parisiense. «Atrapaba» á los camareros, cumplimentaba al cocinero por su salsa de setas, y Fanny se reía con arrebato estúpido y forzado, con un idiotismo de cuarto particular de fonda, que disgustaba á Gaussín, tanto como la intimidad que se estableció entre el tío y la falsa sobrina.

Hubiérase dicho que eran amigos de veinte años.

El Fénat, á quien los vinos de postre pusieron sentimental, hablaba de Castelet, de Divonne y también de su sobrinillo Juan: complacíale saber que estaba metido con ella, una mujer seria que le impediría hacer tonterías. Y acerca del carácter un poco sombrío del joven y la manera de conllevarlo, dábala consejos como á una recién casada, dándola también palmaditas en los brazos, espesándosele la lengua, apagándose y humedeciéndose las pupilas.

Se le quitó la borrachera en casa de Bouchereau. Dos horas de espera en el piso primero de la plaza de Vendome, en aquellos grandes salones, altos de techo y fríos, llenos de una muchedumbre silenciosa y angustiada: el infierno del dolor cuyos círculos recorrieron sucesivamente, pasando de una en otra habitación hasta el gabinete del ilustre sabio.

Bouchereau, con su prodigiosa memoria, acordóse muy bien de la señora Gaussín, cuando fué de consulta á Castelet, diez años antes, al principio de la enfermedad: hízose relatar las diferentes fases de ésta, leyó de nuevo las recetas antiguas, y en seguida tranquilizó á los dos hombres, acerca de los accidentes cerebrales que

acababan de producirse y que atribuyó al empleo de ciertos medicamentos. Mientras que inmóvil, con sus gruesas cejas que bajaban sobre sus ojillos agudos é investigadores, escribía una larga carta á su colega de Aviñón, el tío y el sobrino escuchaban, conteniendo el aliento, e chirrido de esta pluma que para ellos cubría por sí solo todos los rumores del lujoso París: y de improviso se les apareció el poder del médico en los modernos tiempos, último sacerdote, creencia suprema, invencible superstición...

Cesáreo salió de aquel sitio serio y frío.

—Vuelvo al hotel para cerrar mi maleta; el aire de París es malo para mí, ¿sabes... pequeño? si continuase aquí, haría locuras. Esta tarde me meteré en el tren de las siete; discúlpame con mi sobrina, ¿eh?

Juan guardóse mucho de disuadirle, asustado de sus niñerías, de su ligereza; y al día siguiente, al despertarse, felicitábase de figurárselo ya en su casa, bajo llave, junto á Divonne, cuando lo vieron aparecer con el rostro demudado, y el traje en desorden.

—¡Dios mío! Tío, ¿qué le pasa á usted?

Desplomado en una butaca, sin voz y sin

movimiento al principio, pero animándose poco á poco, el tío contó un encuentro del tiempo de Courbebaisse, la comida demasiado copiosa, los 8.000 francos perdidos por la noche en un gari-to... ¡Ni un cuarto, nada!... ¡Cómo volver allá abajo y contar esto á Divonne! Y la compra de la Piboulette... De pronto, acometido de una especie de delirio, poníase las manos en los ojos, tapándose las orejas con los pulgares, y gritando, sollozando, descompuesto, el meridional se apostrofaba, sacaba á relucir su remordimiento en una confesión general de toda su vida. Era la vergüenza y la desgracia de los suyos: tipos como él en las familias; había derecho para matarlos como á lobos. Sin la generosidad de su hermano, ¿dónde estaría él?... En presidio con los ladrones y falsificadores.

—¡Tío, tío!—exclamaba el desdichado Gaus-sin, procurando detenerle.

Pero el otro, ciego y sordo voluntariamente, deleitábase en aquel testimonio público de su crimen, contado en sus menores detalles, mientras que Fanny le miraba con una compasión en que había algo de admiración. Aquel era un apasionado, un apura-cabos, como después de todo

le gustaban á ella: y conmovida en sus entrañas de buena muchacha, buscaba un medio para salvarle. Pero ¿cuál? Hacía un año que no veía á nadie; Juan no tenía ningún amigo... De improviso vinole un nombre á la memoria: ¡Déchelette... Debía estar en París en aquella época, y era tan bondadoso...

—Pero si apenas le conozco...—dijo Juan.

—Yo iré.

—¿Cómo! ¿quieres?...

—¿Y por qué no?

Cruzáronse sus miradas y se comprendieron. Déchelette también había sido su amante, el amante de una noche de que ella se acordaba apenas. Pero él no olvidaba á ninguno: todos estaban en hilera en su cabeza, como los santos de un almanaque.

—Si eso te disgusta...—dijo un poco contrariada.

Entonces Césareo, que durante este corto debate había dejado de gritar, muy animoso, volvió hacia ellos tal mirada de súplica desesperada, que Juan se resignó, consintió entre dientes...

¡Qué larga encontraron ambos aquella hora,

destrozados por pensamientos que no se decían apoyados en el balcón, acechando el regreso de la mujer!

—¿Vive, pues, muy lejos ese Déchelette?...

—Al contrario, en la calle de Roma, á dos pasos de aquí—respondió Juan furioso, pareciéndole también que Fanny tardaba mucho en volver. Procuró tranquilizarse con la divisa amorosa del ingeniero: «nada de día siguiente», y el despreciativo lenguaje con que le oyó hablar de Safo, como de una veterana de la busconería; pero su orgullo de amante se sublevaba, y casi hubiera deseado que Déchelette la hallase aún bella y apetecible. «¡Ah! Maldita la necesidad que tenía ese viejo loco Cesáreo de volver á abrir de este modo todas sus llagas.»

Por fin la manteleta de Fanny vióse que volvía por la esquina de la calle. Venía radiante.

—Hecho... tengo el dinero.

Puestos delante de sus ojos los 8.000 francos, lloraba el tío de alegría: quería extender un recibo, fijar los intereses, la fecha del reembolso.

—Es inútil, tío... No he pronunciado el nombre de usted. Me los han prestado á mí; este di-

nero me lo debe usted á mí, y puede ser la deuda de todo el tiempo que usted quiera.

—Servicios de esta clase, hija mía—replicó Cesáreo transportado de agradecimiento—se pagan con una amistad que no concluye nunca... Y en la estación, adonde Gaussin le acompañó para tener ya esta vez la certeza de su marcha, repetía con lágrimas en los ojos: «¡Qué mujer, qué tesoro!... Es preciso que la hagas feliz... ¿Sabes?...

Quedóse Juan muy enojado con esta aventura, sintiendo que su cadena, ya pesada, se soldaba cada vez más, confundiéndose dos cosas que en su innata delicadeza siempre conservó separadas y distintas: la familia y sus relaciones. Ahora Cesáreo escribía á su querida poniéndola al corriente de sus trabajos, de sus plantaciones, dándole noticia de todo Castelet, y Fanny criticaba la obstinación del cónsul en el asunto de las viñas hablaba de la salud de la madre, irritaba á Juan con su solicitud y consejos fuera de lugar. Jamás hubo una alusión al favor hecho, ni á la pasada aventura del Fénat, á esta merma de la fortuna d'Armandy, que el tío confesó delante de ella. Una sola vez la convirtió en ar-

ma para contestar á un ataque, y he aquí en qué circunstancias aconteció:

Regresaban del teatro, y subían á un coche envueltos en lluvia, en una parada del boulevard. El vehículo era uno de esos carricoches que no circulan hasta después de las doce, tardo en arrancar, con su conductor dormido, y el caballo balanceando su saca de pienso. Mientras que esperaban á cubierto en el vehículo, un cochero viejo, que estaba atando una mecha de tralla á su látigo, se acercó tranquilamente á la portezuela con el hilo entre los dientes, y dijo á Fanny con una voz cascada que olía á vino:

—Buenas noches... ¿Cómo estamos?

—¡Calle! ¿Es usted?

Sintió un sobresalto, reprimido muy pronto, y en voz baja dijo á su amante: «¡Mi padre!...»

Era su padre, aquel belitre que vestía un levitón de antigua librea, manchado de lodo, con los botones de metal arrancados, y que mostraba á la luz de gas de la calle una cara hinchada, apoplética por el uso del alcohol, en la que Gaussin creyó encontrar vulgarizado el perfil regular y sensual de Fanny: ¡sus rasgados ojos de goza-

dora! Sin ocuparse del hombre que acompañaba á su hija, y como si no lo hubiera visto, el tío Legrand daba noticias de su casa: «La abuela está en Necker (1), desde hace quince días, mala; está hilando el último copo... Anda, ve á verla cualquier jueves: eso la dará valor... Yo, á Dios gracias, tengo los huesos duros: buena vara y buena tralla. Pero el comercio no anda bien... Si necesitas un buen cochero por meses, eso me vendría de perilla... ¿No? Peor que peor, y hasta la vista...»

Estrecháronse la mano, y el vehículo arrancó velozmente.

—¡Eh! ¿qué te parece?—murmuró Fanny: y sin pausa púsose á hablarle extensamente de su familia, cosa que siempre evitó... «¡Era tan feo, tan bajo!...» pero ya se conocían mejor; ya no tenían por qué ocultarse nada. Nació ella en Moulin aux Anglais, en las afueras; su padre era un antiguo dragón que tenía el servicio de coches de París á Châtillon, y su madre, la criada de una posada, que él conquistó en una de las idas y venidas desde su mesa al mostrador.

(1) El Hospital general.

No conoció á su madre, que murió de parto; pero los dueños de la posta, gentes de bien, obligaron al padre á reconocer á su hija y á pagar los meses de lactancia. No se atrevió á negarse, porque debía mucho en la casa, y cuando Fanny tuvo cuatro años la llevaba en el coche como un perrito, subida en lo alto, en la baca, divirtiéndose en rodar así por los caminos, en ver la luz de los faroles que corría por los costados, en ver también á esta luz cómo humeaba el lomo de las caballerías, y el dormirse en lo oscuro, á la intemperie, oyendo sonar los cascabeles.

Pero el tío Legrand cansóse muy pronto de aquellas andanzas de paternidad: por poco que le costara, ello es que era preciso dar de comer, y vestir á esta gandula. Además, le estorbaba para su casamiento con la viuda de un hortelano cuyas campanas de melón y coles alineadas en su itinerario, codiciaba mucho. Tuvo entonces la intuición clara de que su padre quería perderla. Era su idea fija, de borracho, desembarazarse de la niña á toda costa, y á no ser por la misma viuda, la buena tía Machaume, que tenía á la chicuela bajo su protección...

—Es verdad que tú la has conocido, Machaume—dijo Fanny.

—¡Cómo! ¿Aquella criada que ví en tu casa?...

—Era mi madrastra... ¡Había sido tan buena conmigo cuando yo era niña! La recogí para separarla del pillastrón de su marido, que, después de comerse toda su hacienda, la mataba á golpes, obligándola á servir á una puerca con la que él vivía... ¡Ah, pobre Machaume! Ésta sí que sabía lo que cuesta un buen mocito. Pues bien, cuando la despedí yo, á pesar de todo lo que la dije, corrió á reconciliarse con él, y ahora está en el hospital. ¡Cómo correteará sin ella el viejo belitre! ¡Qué cochino era! ¡Qué cara de perdido! ¡No tiene más que su látigo?... ¿Has visto qué derecho lo llevaba?... Cuando se cae de borracho, lo lleva por delante como un cirio; lo guarda en su cuarto; eso es lo único que tiene siempre limpio... buena vara y buena tralla: esa es su muletilla.

Seguía inconscientemente hablando de él como de un extraño, sin repugnancia ni vergüenza, y Juan se asombraba de oirla. ¡Qué padre!... ¡Qué madre!... ¡Frente á frente de la apostura severa del Cónsul, y de la angelical sonrisa de

la señora Gaussín!... Y comprendiendo de pronto lo que significaba el silencio de su amante, la náusea de aquella basura social que le salpicaba por amarla; «después de todo, dijo Fanny con tono filosófico, de esto hay una muestra en todas las familias; no es uno responsable de ello... Yo tengo en la mía á mi pobre Legrand; tú tienes en la tuya al tío Cesáreo.»